

tífice del siglo XIII. ¡Qué contraste entre el papado de la Edad Media y el de la Reforma!

El protestantismo era una insurrección contra el papado. Poder esencialmente religioso, no tenía el papado más que un medio eficaz de defenderse, probar que era digno del derecho divino que reclamaba; pero jamás mostró tanta debilidad ni tanta indiferencia por los grandes intereses de la humanidad como en el momento en que los reformadores lo vituperaban como la Babilonia moderna. Enrique VIII manchó el trono de Inglaterra con sus innobles pasiones, y agravó su crimen con la hipocresía. Le ocurrieron escrúpulos acerca de la legitimidad de su matrimonio con Catalina de Aragón cuando la reina fué vieja y se hubo apoderado enteramente de él un amor violento por la hermosa Ana Bolena: "La salvación de su alma, dice á Wolsey, es lo que más le preocupa; pero debe pensar también en la seguridad de su reino. Hace largo tiempo que un remordimiento incesante desgarró su conciencia... Dios, en su indignación, le ha arrebatado sus hijos; y si persiste en su unión incestuosa, la Providencia le perseguirá con castigos más terribles todavía. Su única esperanza está en el santo padre," (1). ¿Qué va á hacer el vicario de Dios? ¿Destruirá estos miserables pretextos de un rey adúltero? Ocupaba la santa sede un hombre honrado; mas la decrepitud del papado pesaba sobre Clemente VII; los papas no encontraban ya ningún apoyo en la devoción de los fieles; no les quedaba otra fuerza que la que les prestaban los príncipes. ¿Qué será de ellos cuando traten de pronunciarse entre reyes poderosos, cuya ira sea igualmente temible para los sucesores de San Pedro? Tal era la triste posición de Clemente VII: colocado entre el temor del emperador y el temor del rey de Inglaterra y de su aliado Francisco I, inspira ciertamente compasión. Enrique VIII le amenazó con sustraer á Inglaterra de su autoridad; y si el santo padre cede á estas amenazas, Carlos V le llevará ante un concilio y le quitará la tiara (2). ¿Qué hará Clemente VII? La moralidad pública estaba en cuestión: se pedía al papa que consagrara las pasiones criminales de un rey. Mas en las deliberaciones y en los cuidados de la corte de Roma no se trataba de religión; la

(1) BURNET, *Records*, t. I, p. 11.—MERLE D'AUBIGNÉ, *Histoire de la réformation*, t. V, p. 431.

(2) BURNET, I, 25.—MERLE D'AUBIGNÉ, t. V, p. 445.

grave cuestión del divorcio se convierte en una cuestión política: el soberano pontífice es favorable ó contrario al divorcio, según que son victoriosas las armas de Francisco I ó las de Carlos V. Un secretario del papa es quien nos revela las angustias de su señor y la impotencia del papado (1).

Enrique VIII se unió con Francisco I; y habiendo obtenido los aliados la victoria, no se atrevió ya el papa á negar nada al rey de Inglaterra: "Enrique, decían los consejeros de Clemente VII, es el defensor de la fe; sólo accediendo á su demanda se puede conservar adicto al papado el reino de Inglaterra. El ejército de Carlos V está en derrota y el de Francisco triunfa." El papa se decidió por el vencedor; confirió á Wolsey y á Campeggi el poder de declarar nula la unión de Enrique de Inglaterra y de Catalina de Aragón, y hasta firmó la bula que rompía el matrimonio. Tuvo, sin embargo, el prudente pontífice buen cuidado de remitirla á Campeggi con prohibición de desprenderse de ella, y añadiéndole que la bula se publicaría si el rey de Francia triunfaba definitivamente, y se rompería si vencía el emperador. Mas los Ingleses tenían también su desconfianza; y para tranquilizarlos, firmó Clemente VII un *compromiso*, en el cual declaraba de antemano nula y sin efecto toda retractación de la bula (2). Los historiadores católicos reconocen lo que hay de deshonesto para el papado en las concesiones de Clemente: los unos niegan, lo cual es lo más cómodo (3), y los otros alteran los hechos, suponiendo que los embajadores de Enrique engañaron al papa con falsas alegaciones (4). Estas explicaciones contradictorias, y todas ellas igualmente falsas, no sirven más que para aumentar la vergüenza de la santa sede.

Iba á pronunciarse el divorcio cuando cambió la suerte de las armas. Carlos V, vencedor y señor de Italia, significó á Clemente VII que estaba decidido á defender á la reina de Inglaterra, su tía, contra el injusto proceder de Enrique. El papa despachó al punto cuatro mensajeros á su legado Campeggi por caminos diversos, recomendándoles que

(1) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. II, p. 126, nota 2.

(2) MERLE D'AUBIGNÉ, V, 473.—RANKE, *Deutsche Geschichte*, III, 135.

(3) PALLAVICINI, *Historia concilii Tridentini*, II, 15.

(4) SANDERUS, *De schismate anglicano*, lib. I, fol. 27 y siguientes (ed. de 1585).

camináran á rienda suelta. Las nuevas instrucciones que les entregó eran bien diferentes de las primeras: "El legado viajará lentamente, aprovechándose de su gota. Llegado á Inglaterra, hará todo lo posible por reconciliar al rey y á la reina; y si no lo logra, tratará de persuadir á ésta á que entre en un convento, no pronunciando en ningún caso el divorcio sino por una orden expresa del papa." La bula que autorizaba el divorcio fué quemada, y la cuestión avocada á Roma (1). ¿Era que la conciencia cristiana se despertaba en el vicario del Cristo? Él mismo confesó que era el miedo lo que le inspiraba. Los enviados de Enrique declararon al papa que acababa de firmar la ruina de la Iglesia de Inglaterra. Clemente respondió deshaciéndose en llanto: "El poder del emperador me envuelve y me domina; si cedo al rey, atraigo sobre mí y sobre la santa sede una ruina espantosa," (2). Si el soberano pontífice se decidió por la justicia y el derecho, fué bajo la inspiración de las victorias de Carlos V.

Enrique VIII pasó adelante, y se cumplió el cisma. En la cuestión del divorcio, el papa había sido el juguete del más fuerte; en la cuestión del cisma fué todavía el juguete de la ambición de los reyes. Carlos V impelió, forzó al papa á pronunciarse contra Enrique VIII. De prever era la resistencia del rey; en esta eventualidad, prometió el emperador el apoyo de todas sus fuerzas á la santa sede (3); pero cuando el papa quiso poner en entredicho á Inglaterra, como era su derecho y su deber, ¿quién le hizo desistir de esta medida de rigor? Carlos V. Y ¿por qué? Los motivos alegados por el emperador son más notables todavía que su oposición: "El pueblo inglés, dice, no osaría ni podría observar el entredicho contra la voluntad del rey. De otra parte, la publicación de censuras impediría á nuestros súbditos de España y de Flándes mantener relaciones con los de Inglaterra, lo cual les sería demasiado perjudicial," (4). Así dominaban sobre la religión los intereses comerciales! Carlos V tenía razón, mas por esto mismo estaba el papa reducido á la impotencia. Hizo, sin embargo, su bula bajo la presión del colegio de

(1) MERLE D'AUBIGNÉ, t. V, p. 504.—RANKE, *Fürsten und Völker*, t. III, p. 138.

(2) MERLE D'AUBIGNÉ, *Hist. de la réformation*, t. V, p. 608 y siguientes.

(3) DU BELLAY, *Mémoires* (PETITOT, t. XVIII, p. 174).

(4) GRANVILLE, *Papiers d'État*, t. II, p. 40.

cardenales: estas momias no comprendían por qué no había de hacer Paulo III en el siglo XVI lo que Inocencio III había hecho en el siglo XIII. La bula fué, pues, formulada y firmada, pero no se atrevió desde luego á publicarla el papa. Un historiador católico dice "que la publicación no hubiera servido sino para irritar á Enrique, y que habría expuesto á la autoridad pontificia al desprecio y al ridículo. Se resolvió suprimirla por el momento, y el rayo destinado á castigar la apostasía del rey fué silenciosamente depositado en el arsenal del papa," (1).

Grande embarazo experimentan los ultramontanos en presencia de tanta debilidad. Para salvar el honor de la santa sede hacen una suposición ridícula: si no publicó Paulo III su bula, dice Sanderus, fué porque tenía razones para esperar que volviera Enrique VIII á la obediencia de la Iglesia de Roma (2). Esta explicación está contradicha por el carácter y la política de Enrique VIII, y lo está además por la correspondencia del papa con los príncipes cristianos. Antes de lanzar el entredicho contra Inglaterra se dirigió Paulo III á todos los reyes para solicitar su apoyo; y cuando se creyó seguro del concurso del emperador, de Francia y de Escocia, expidió su bula. Pallavicini dice que no la habría publicado el papa si no hubiera contado con el auxilio de los príncipes (3). Carlos V y Francisco I hicieron á Paulo III formales promesas; concluyeron, por la mediación del soberano pontífice, una tregua de diez años, y se comprometieron, en caso de entredicho, á romper toda relación con Enrique VIII y á prohibir rigorosamente todo comercio entre sus súbditos y los mercaderes ingleses. Mas apenas hubo formulado el papa sus censuras, cuando el emperador, protector nato de la santa sede, y el rey *cristianísimo* prohibieron la publicación de la bula en sus Estados. Paulo III diputó al cardenal Pole cerca de los dos reyes para excitarlos á tomar las armas contra Enrique VIII; Carlos V remitió el legado á Francisco I con medianas excusas; el rey de Francia se negó á recibirlo hasta que el emperador hubiera dado garantías de sus sentimientos; y por su parte, el emperador no quiso dar un paso antes de

(1) LINGARD, *Histoire d'Angleterre*, t. VI, p. 334.

(2) SANDERUS, *De schismate anglicano*, p. 111 (ed. de 1587).

(3) PALLAVICINI, *Historia concilii Tridentini*, lib. IV, c. 7, núm. 6.

que Francisco hubiese recibido al cardenal. Así fué el papa, dice *Lingard*, juguete de la mala fe de los dos monarcas (1).

Extiéndense los analistas romanos en vivas quejas contra los príncipes cristianos y, sobre todo, contra el emperador, patrono de la Iglesia. *Raynaldi* acusa á Carlos V "de haber preferido los intereses de una ambición vulgar á la gloria de combatir por la causa de Dios y vengar las injurias del Cristo. Esta misma ambición, dice, le llevó á contraer una alianza impía con Enrique VIII, en desprecio del juramento que había prestado de no hacer tratado con él hasta que se hubiese reconciliado con la santa Iglesia. Después de haber importunado al papa con sus quejas contra el rey de Inglaterra, después de haberle excitado á que contra él se ensañase, el emperador se une con el rey apóstata para hacer la conquista de Francia." (2). Estos amargos reproches, estas estériles lamentaciones prueban que la corte de Roma, como sus defensores, están fuera de la realidad; una guerra contra Inglaterra para sostener el entredicho pontificio era tan imposible en el siglo XVI como la unión de los príncipes cristianos contra los infieles, por la sencillísima razón de que el interés político gobernaba enteramente á los reyes. El desprecio de los rayos pontificios fué más lejos todavía: vióse al rey *cristianísimo* ligarse con Enrique VIII el excomulgado, y después á Carlos V, el rey *católico*, contraer una alianza íntima con ese mismo Enrique VIII que el papa había dado á Satanás por las incesantes excitaciones del emperador. Razon tenía el papa de clamar á escándalo por el hecho; era literalmente la abominación de la desolación: ¡los hijos de la Luz aliados á los de las Tinieblas á despecho del vicario del Cristo! Á las acusaciones de la corte de Roma respondió Carlos V que bien permitía el papa á Francisco I hacer alianza con los Turcos, que el vicario del Cristo era cómplice de esta monstruosa alianza, y, por consecuencia, fautor de los enemigos de la cruz (3).

Compárese la excomunión de Felipe Augusto y el entredicho en que puso al reino de Francia Inocencio III con la excomunión y el entredicho lanzados por Paulo III contra Enrique VIII y la In-

(1) LINGARD, *Histoire d'Angleterre*, t. VI, p. 421-429;—RIBIER, *Lettres et Mémoires d'Etat*, t. I, p. 411.

(2) RAYNALDI, *Annales*, 1536, núm. 24; 1537, núm. 13.

(3) SARPI, *Istoria del concilio Tridentino*, lib. I, c. 60 y 71.

glaterra. En el siglo XII no se trata de un cisma; Francia queda fiel á la santa sede; es pura cuestión de moralidad cristiana; y aunque el rey de Francia tiene de su parte al clero galicano, el papa no vacila, no guarda la bula en su bolsillo, como Paulo III, ni mendiga el apoyo de los príncipes; tiene un apoyo más poderoso, la conciencia cristiana, la devoción de los fieles, y el rey se ve obligado á ceder bajo la presión de la opinión pública. En el siglo XVI no piensa ya el papa en la moralidad cristiana; no es la escandalosa conducta de Enrique lo que provoca el entredicho, es la defección de Inglaterra, es el cisma; no lanza el papa sus rayos para mantener la santidad del matrimonio; lejos de eso, el vicario de Dios está dispuesto á prestar la aprobación de su infalibilidad á la inmoralidad más impúdica; sólo cuando su autoridad es despreciada, cuando se le escapa la Inglaterra, se decide el papa á fulminar sus censuras; pero ya no son los rayos pontificios más que vanas palabras: el obispo de Roma no tiene ya los pueblos de su parte, y los reyes lo abandonan. ¡Qué signo de los tiempos! Acabó el imperio del papado; los hombres no tienen ya necesidad del vicario del Cristo para hacer su educación; esos pretendidos órganos de Dios no piensan ya siquiera en moralizar á los príncipes y á las naciones; no tienen más que un cuidado, la dominación, y en su ceguedad, no advierten que el poder implica una misión que cumplir: en cuanto no tienen nada que hacer en provecho de la humanidad, no tienen ya razón de ser.

§ II.—El papado durante la reacción católica.

N.º 1.—El concilio de Trento.

Á oír á los defensores de la Iglesia, habría inaugurado el concilio de Trento la reacción del catolicismo y abatido la herejía. Los historiadores protestantes han ayudado en nuestros días á idealizar esta reacción: con la elevada imparcialidad que distingue á la ciencia alemana han celebrado la nueva vida que animó al catolicismo hácia fines del siglo XVI, las virtudes de sus santos, las grandes instituciones de caridad que el celo religioso produjo en el seno de la sociedad católica. La realidad está bien lejos de responder á ese ideal. ¿Qué es la reacción católica? Una reversion al catolicismo de la Edad Media, en cuanto es posible volver

á lo pasado. Como el papado era la institución que los protestantes combatían con más pasión, con más odio, la ley natural de las reacciones debía ser reafirmarlo. Tal fué, en efecto, el espíritu del concilio de Trento. Mas importa ver cómo pasaron las cosas, para que la verdad reemplace á los cuadros más ó ménos imaginarios de los escritos católicos.

Teniendo el concilio la misión providencial de restaurar el papado, podía creerse que los papas debieron tomar la iniciativa de esta última asamblea de la cristiandad ortodoxa; y, sin embargo, un contemporáneo que veía de cerca á los soberanos pontífices dice que amaban los concilios como el diablo el agua bendita (1). No es esto una maledicencia de protestante; un cardenal es quien lo escribe á Carlos V, y sus palabras son la exacta expresión de la verdad. El emperador impuso el concilio á la santa sede porque los protestantes lo reclamaban; en cuanto á los papas, agotaron los recursos de la astucia italiana para impedir primero su convocación y provocar su disolución después que fué convocado (2).

Todo el mundo sabe que el miedo del concilio fué la pesadilla de Clemente VII durante toda su vida, y que empleó todos los medios imaginables para librarse de él (3). Á pesar de la audacia de los escritores católicos para negar lo que no les conviene, no han negado la antipatía de Clemente VII, el vicario de Cristo, á las asambleas en que reina el Espíritu Santo; pero han pretendido que *Sarpi*, el ilustre historiador del concilio de Trento, calumnió á Paulo III al decir que no le apesadumbró la oposición que encontró en Francia y que se sirvió de ella como de un pretexto para impedir el concilio (4). *Sarpi* no hizo más que repetir una acusación que venía de más alto y de buena fuente: Carlos V reprochó á Paulo III el haber trasladado el concilio á Bolonia, para obligarlo á disolverse ó para dominarlo enteramente si seguía reunido (5). Las relaciones de los embajadores venecianos,

(1) HEINE, *Briefe an Kaiser Karl von seinen Beichtvater*, página 378.

(2) MOCENIGO, *Relazione di Roma*, 1560 (ALBERI, II, 4, p. 24): «Li pontifice, sebbene con parole hanno dimostrato di volere un concilio generale, con gli effetti non l'hanno mai voluto, se non sforzati; anzi si vede manifestamente che, non solamente loro, ma i cardinali ei prelati ancora l'abborriscono.»

(3) SORIANO, *Relazione* (ALBERI, II, 3, 312).

(4) RAYNALDI, *Annales*, 1538, núm. 36.

(5) LE PLAT, *Monumenta concilii tridentini*, t. III, p. 706.

siempre bien informados, confirman la acusación del emperador: dicen que, á la verdad, Paulo III aparentaba querer el concilio, pero que sus íntimos aseguraban que eran vanas y falsas palabras (1).

Al fin fué convocado el concilio: ¿era del pleno agrado de los hombres infalibles que se sientan en el trono de San Pedro? El embajador de España en Trento, que conocía todas las intrigas del partido pontificio, dice que Paulo IV y su legado hacían esfuerzos de diplomacia para romper el concilio, de manera, sin embargo, que les permitiera endosar al emperador la responsabilidad de la ruptura. *Vargas* lo escribe con todas sus letras: "El legado dice y repite que el emperador, fingiendo querer la continuación del concilio, busca un pretexto para suspenderlo; mas, gracias á Dios, no producen ninguna impresión sus discursos. Se sabe la verdad de las cosas. El mundo ve bien dónde quieren ir el papa y sus ministros, y no causan ilusión en nadie sus intrigas." (2). Cuando los papas se vieron obligados á sufrir el concilio, hicieron de la necesidad virtud. Sin embargo, hasta el pacífico Pío IV no habría deseado más que desembarazarse de los Padres de Trento, y especialmente de los franceses, aunque hubiese sido á costa de una victoria de los hugonotes sobre los católicos. Así lo dice un obispo de Francia, embajador en Roma; escribe al cadernal de Lorena: "Muchos dicen que Su Santidad desea los medios que pueden abreviar ó interrumpir el concilio, y esto á causa de la gran desconfianza que muestra respecto de los prelados... Su Santidad declara en muchas cosas que nada estima hoy tan peligroso y tan opuesto á su interés como el concilio... LOS DEL CONSEJO ÍNTIMO DEL PALACIO DESEAN QUE LOS HUGONOTES MANTENGAN SU FUERZA, Á FIN DE QUE LA GUERRA DURE Y ROMPA EL CONCILIO, EL CUAL ES AQUÍ MÁS TRÍMIDO QUE TODOS LOS MALES QUE AFLIGEN Á LA CRISTIANIDAD." (3).

Hé ahí lo que pasaba al comienzo de la reacción católica. No era ciertamente la fe en el Espíritu Santo lo que animaba á los papas, cuando se negaban con tanta obstinación á convocar un concilio llamado á curar los males de la cristiandad. Por

(1) «Che le voce siano vane e false» (ALBERI, II, 3, 314).

(2) VARGAS, *Lettres et Mémoires*, p. 552.

(3) LE PLAT, *Monumenta concilii tridentini*, tomo V, páginas 282, 547.